



RIQUEZAS INFINITAS

Ben Okri

Tercera parte de la trilogía de Azaro. El escritor nigeriano nos lleva en Riquezas infinitas a un universo fantástico, metafórico, explosivo, poblado de personajes a la vez reconocibles y extraños, y con su dominio del relato nos deja suspendidos en una lógica donde lo físico se funde con lo espiritual y la vigilia penetra en el territorio de los sueños. Sin moverse de la cama, Azaro contempla lo que es, lo que ha sido y lo que ha de ser. Su padre está en la cárcel por un crimen que no ha cometido, su madre parte en su busca a recorrer caninos polvorientos, y en su marcha se le unen cada vez más mujeres hambrientas de justicia, que pueblan carreteras, asaltan comisarías y amenazan con presentarse ante el gobernador, que, a punto de abandonar el país a su suerte, quema papeles comprometedores sobre la crueldad y la corrupción de su gobierno. Sin salir de casa, oye los sonidos de la selva, los rumores de los árboles que desaparecen y abren claros en la espesura, el chasquido de la riqueza, el grito del poder... Los espíritus le piden que regrese a su mundo, pero él observa y escucha.

Agradecimientos

Expreso mi agradecimiento a Graham Greene, que en 1989, en el Oxford & Cambridge Club, nos contó la anécdota en que me he basado para la historia de la Reina de la Lluvia.

Y a Harould Courlander, por su antología de relatos orales africanos, *The Crest and the Hilde*, por recordarme una historia de mi infancia.

Y a Rosemary Clunie.

*A mi querida madre
Grace Okri
(1936-1996)*

*Ahora que serena
Descansas en la altura
Perdona a tu hijo
Que no te dijo adiós.*

*La muerte fue tirana
En la pródiga tierra
Y tú me habías escrito
Enigmas en la mano.*

*Y cuanto más intentan
Enterrarte
Más hermosa reluce
Tu corona.*

*Paloma del espíritu
eres ya;
habita para siempre
en nuestro amor eterno.*

Riquezas infinitas en un cuarto pequeño.
CHRISTOPHER MARLOWE

I
Libro primero

1. El pequeño cuarto

—¿Quién sabe con certeza dónde empieza el fin? —dijo mi padre poco antes de que lo arrestaran por el asesinato del carpintero—. El tiempo está creciendo —añadió—. Y nuestro sufrimiento también. ¿Cuándo fructificará nuestro sufrimiento? Una gran idea es capaz de alterar el futuro del mundo. Una revelación. Un sueño. Pero ¿quién soñará ese sueño? ¿Y quién lo hará realidad?

2. El leopardo

Mientras toda la comunidad soñaba con el carpintero muerto, mi padre seguía sentado en nuestro cuarto en penumbra, hablándole a la noche.

Yo le escuchaba con el corazón lleno de temor, y sus palabras caldeaban el aire. Con los ojos encendidos, casi sin que viniera a cuento, dijo:

—Entre los vivos, hay quien no quiere vivir; y entre los muertos, quien no quiere morir. Azaro, ¿estás despierto?

Aquella pregunta me sorprendió.

—Sí.

Prosiguió, como si no le hubiera respondido.

—Hijo, a veces nos descubrimos viviendo en los sueños de los muertos. ¿Quién sabe cuál es el destino de un sueño? ¿En cuántos mundos simultáneos vivimos? Cuando dormimos, ¿despertamos en otro mundo, en otro tiempo? Y cuando dormimos en ese otro mundo, ¿despertamos aquí, en este? ¿Es la Historia la convergencia de los sueños de muchos millones de personas, vivas y muertas? ¿Acabo de morir y ahora vivo en otro lugar? ¿Estamos siempre dormidos? Cuando despertamos, ¿lo hacemos en un nivel que queda por encima del sueño profundo de nuestros días? ¿Despertamos al morir? Hijo mío, me encuentro como si acabara de morir, y sin embargo nunca me había sentido tan despierto.

Volvió a interrumpirse. Sus palabras me asustaban. Debía de haberle sucedido algo increíble en el bosque, mientras enterraba al carpintero muerto. Era como si hubiera logrado salir de un estrecho espacio en el que su espíritu iracundo hubiera estado confinado.

Y entonces, con voz de sonámbulo, gritó de pronto:

—Nunca me había sentido tan despierto, pero veo un leopardo que viene hacia mí. ¿Soy un leopardo? ¿Es ese leopardo mi sueño? ¡Mira! —dijo, con voz temerosa—. ¡El cuarto se está iluminando!

3. Desaparición

Abrí mucho los ojos y miré. Tenía el corazón en un puño. Un tenue fulgor verde, intenso, inundó el cuarto, y un olor a tierra y a plantas se apoderó de mis sentidos. La oscuridad de la selva se apelmazaba en algunas esquinas de la habitación. Y allí, condensándose junto a mi padre, como si el verdor tuviera vida propia, su propia luz, contrayéndose hasta adoptar su inequívoca forma, estaba el leopardo.

Era viejo. Tenía los ojos como dos piedras preciosas azules. Y estaba tranquilamente sentado a sus pies. Era fosforescente, no proyectaba sombra alguna, como si hubiera llegado al final de su sueño.

Y entonces se me ocurrió.

—Papá, ¿estás despierto? —le pregunté.

La luz de aquel gran animal parpadeó. Mi padre estaba en silencio. Volví a preguntárselo en voz más alta. Mi madre, en la cama, se dio la vuelta. Por un momento, la habitación quedó de nuevo a oscuras. Pero al cabo de un instante regresó el gran resplandor y llenó el espacio. Me levanté de la colchoneta en la que dormía. A medida que iba acercándome a mi padre, la luz del leopardo se amortiguaba. Me detuve y le susurré con fuerza al oído.

—¿ESTÁS DESPIERTO, PAPÁ?

—¿Qué? —gritó él, dando un respingo y sumiendo la habitación en la oscuridad.

El leopardo ya no estaba. Me quedé un momento en silencio.

Y entonces, como si hubiera despertado en sueños, mi padre pasó por delante de mí, murmurando no sé qué de ver las cosas por primera vez. Salió del cuarto. Durante unos instantes no supe qué hacer, pero luego me fui tras él. Delante de casa, miré a un lado y a otro. Mi padre no se

veía por ninguna parte. Me acerqué hasta el patio, pero tampoco lo encontré. Era muy raro, y la idea me daba miedo, pero parecía como si, al salir por aquella puerta, hubiera abandonado la realidad. Volví a la habitación y lo esperé. Mientras lo hacía, se me ocurrió que mi padre había estado hablándome desde sus sueños. Y que yo había entrado en uno de ellos.

4. En círculos

Estaba muy inquieto. Esperé mucho rato a oscuras. Me tumbé en la cama. Entonces me salí de mí mismo y empecé a moverme en círculos. En círculos, entraba y salía de los sueños de la comunidad. Sobrevolaba en círculos los sueños de los niños-espíritu que siempre regresan al mismo lugar, intentando romper las cadenas de la Historia. Rodeaba los sueños del carpintero muerto que, en el ataúd, crecía y crecía hasta que su cuerpo hinchado hacía reventar su envoltorio de madera.

Mientras giraba, vi que el carpintero muerto había abandonado la tumba sin mover la pesada piedra que tenía encima. Llevaba el cuerpo cubierto de flores blancas. Iba de un sitio a otro, despertando a los espíritus de los muertos. De la casa de un durmiente se iba a la otra. Raspaba los tejados. Intentaba meterse en sus vidas, buscaba la manera de manifestarse.

El carpintero muerto llamaba a las puertas de la gente. Aporreaba las ventanas. Sonreía, burlón, a los rostros ciegos de los soñadores. Mantenía largas conversaciones con los niños sensibles. Se paseaba por las cocinas y hacía sonar sus utensilios. Afuera, brillaba en la oscuridad. No tardó en elevarse y en quedar suspendido a media altura, desde donde amenazaba con seguir emanando sus efluvios pestilentes hasta que sus asesinos hubieran confesado su crimen, hasta que lo enterraran como era debido. Incitaba a la revuelta en el aire universal de los sueños.

Yo seguía moviéndome en círculos. Mi madre, en la cama, volvió a darse la vuelta. Estaba soñando en un tiempo para el que faltaban muchos años, un tiempo en que un hombre que vendía cemento le cantarían serenatas. Su sueño cambió. Ahora estaba con su madre, que llevaba veinte

años muerta y vivía en otro continente, cerca de las montañas de plata. En su sueño estaba de pie, junto a su madre, debajo del cielo del Elíseo. Juntas, observaban los rostros de grandes mujeres que la naturaleza había esculpido en la roca.

Entonces me fijé en alguien que se tambaleaba al final de nuestra calle, con un cubo en la cabeza. Aquel hombre llevaba la cara totalmente envuelta en trapos, y solo se le veían los ojos. Cuando el viento soplaba contra la ventana, el hedor invadía nuestro cuarto. Un recordatorio de nuestra malvada condición, en la que vivíamos instantáneamente con todas las consecuencias de nuestras acciones.

Al cabo de un rato, volví a tumbarme y seguí dando vueltas. A veinte millas de allí, los futuros gobernantes del país dormían en paz. Soñaban con el poder. Soñaban con cofres sin fondo de los que poder robar. Con casas en todas las ciudades de renombre. Con concubinas en todas las poblaciones importantes. Con que el poder los eximía de las consecuencias de sus acciones, que nosotros sufríamos por adelantado. Y seguíamos sufriendo mucho después.

Mientras, el hombre del cubo gritaba barbaridades incoherentes sin dejar de andar a trompicones frente a las casas. El olor de aquel cubo alteraba nuestros sueños. Cuando pasó de largo, oímos un grito fuerte, y después silencio.

A veinte millas de allí, en una zona más rica de la ciudad, sobre colchones que se convertirían en lechos palaciegos, los futuros dirigentes del país resoplaban plácidamente. Revivían su ascensión, sus victorias. Enumeraban a sus enemigos. En sus sueños anticipaban sus políticas de destrucción. Sueños tribales de dominación que desencadenarían la guerra civil.

A treinta millas, el Gobernador General inglés, que detestaba ser fotografiado, soñaba con su dominio colonial. En su sueño destruía todos los documentos. Quemaba todas las pruebas. Cortaba la Historia a tiras. Al meterme en el sueño del Gobernador General, una ola de oscuridad me

arrojó hasta una isla, en el otro confín del mar, donde habían empezado muchos de nuestros problemas y, por cuyos caminos, en una vida futura, yo vagaría y sufriría y hallaría una nueva luz.

No llevaba mucho tiempo en ese mundo cuando alguien apareció junto a nuestra puerta. Apestaba a un perfume muy fuerte sacado de los aloes amargos del desierto. Dejé de moverme en círculos. Descendí a mi cuerpo, me desperté y vi a mi padre. Iba recién duchado y parecía haberse frotado muy bien. Él también apestaba a desinfectante. Se le marcaban mucho las arrugas de la frente. Tenía los ojos muy salidos. Sobre la mesa de centro había una vela encendida.

Mi padre estaba sentado en su silla, callado, como si no se hubiera movido de allí. Fumaba tranquilamente. No me miraba. Sus pensamientos eran de una gran intensidad. Cuando acabó de fumar, apagó la vela. Y entonces, sin decir ni una palabra, se metió en la cama con mi madre y se quedó profundamente dormido.

5. Preludio a los problemas

A la mañana siguiente, cuando nos despertamos, mi padre seguía durmiendo. Su olor nos castigaba e impregnaba la habitación. Era tan desagradable que mi madre salió a vender por las calles mucho antes que otros días.

Iba vestida como una profetisa, como si quisiera purificar el día antes de que empezara. Llevaba un vestido blanco, un collar de cuentas blancas, un pañuelo blanco y un blusón con estampado de peces. Preparó algo de comer y dejó el desayuno de mi padre sobre la mesa, cubierto. Ella y yo desayunamos juntos, pero no me digirió la palabra. Su expresión era sombría, como si su espíritu estuviera reservándose las energías para las pruebas que se le avecinaban.

Cuando terminamos de comer, cogió sus cubos de naranjas, sus repelentes de mosquitos y su jabón. Pronunció sus oraciones junto a la puerta y me suplicó que no me alejara mucho de casa. Salió a la luz del amanecer. La oí pregonar su mercancía con una nueva voz cantarina. Anunciaba sus productos a una gente tan pobre que no tenía ni para comprar aceite de lámpara.

Se fue calle abajo, en dirección contraria al bar de *madame* Koto, cuarteando con sus sandalias anticuadas la costra de la tierra durmiente, atravesando a pie, inocente, todos los rumores que se iban propagando. Empezaba el día tal como habría de terminarlo. En busca de cosas que se le resistían. Voceando a una gente que no escuchaba. Empapándose del polvo y los murmullos del camino.

Entre tanto, mi padre seguía sumido en el último sueño reparador que iba a tener en mucho tiempo. Dormía profundamente, haciendo acopio de sus fuerzas secretas. Mientras su peso hundía la cama, nuestra puerta estaba